

Nuestro Palacio Nacional, en su grandiosa sencillez, ofrece un tipo inmediato al anterior en la escala ascendente de riqueza: grandes entrepaños o tableros están contenidos en una fuerte armazón de cercos y peinazos moldurados, y claveteados con clavos de bronce de bello dibujo; en la cara interior la armazón se hace más complicada, aumentando los elementos horizontales y verticales a fin de dar mayor resistencia. A este mismo tipo pertenecen otras puertas importantes como la de la Ex-Aduana, en la Plaza de Santo Domingo, la de la actual Academia de Bellas Artes, etc., etc.

La antigua Casa de Moneda, hoy nuestro querido Museo Nacional, ostenta ricas puertas de tablarón exterior revestida de lámina de metal y ricamente claveteada con clavos de bronce a los que se unen, para la mayor riqueza, los magníficos llamadores con mascarones de bronce tratados a lo chino.

La catedral de México, en sus puertas principales, ofrece ya el tipo de pequeños tableros de diversas proporciones, algunos de ellos con talla en su cara exterior y el Sagrario Metropolitano y la Casa del Conde de Santiago, el tipo de puerta netamente escultórica, con grandes relieves hábilmente tallados en la cara exterior y tableros pequeños en la posterior, es decir, "dos vistas," formadas por tableros independientes que entran en la armazón robusta y múltiple de las hojas.

Otras puertas marcan tipos excepcionales: las de la casa de Zuleta, y la del Conde de Heras Soto, con aplicaciones de metal caladas a la manera de los esquineros, de los arcones moriscos, y las de la Iglesia de Santa Inés, con grandes bajo relieves que representan las escenas principales de la vida de la santa y ocupan la totalidad de los entrepaños en el exterior.

A estos tipos de la ciudad de México, entre los que faltaría mencionar aún las ricas puertas de la Casa del Banco Nacional o del Conde de San Mateo Valparaíso, de grandes tableros con molduras ondulantes finamente cubiertas con tallas, y las del Hotel Iturbide, (del Marqués de Moncada) con grandes paños lisos bordeados con una moldura rica y una greca originalísima, habría que agregar las puertas del Hotel de la Plaza en la ciudad del Saltillo, con sus tallas en la parte superior y los postigos lisos claveteados con torneados clavos de bronce, y la incomparable puerta de la Casa del Coronel de la Canal en San Miguel Allende, que semeja

estar revestida de rico encaje por la talla que la cubre.

Pero no concluiría si pretendiera mencionar siquiera las más importantes puertas de madera exteriores de nuestros viejos edificios. No hay iglesia vieja, ni casa vieja que no tenga, en México, una puerta de mérito. Desgraciadamente he dicho mal, hay muchas a las que se les han cambiado las bellas puertas antiguas, por nuevas de pésimo gusto. En efecto, de la Independencia a la fecha, pocas son las puertas que, siguiendo la bella tradición, se han ejecutado con esa rara habilidad tan frecuente en lo que fué la Nueva España. En el actual edificio de la Escuela Nacional Preparato-

imitación de formas exóticas, las múltiples molduras y resaltes en los tableros son postizos, pegados o clavados y por tanto, pronto, muy pronto, se hienten y, los elementos que, presuntuosamente, las ornamentan se desprenden y caen.

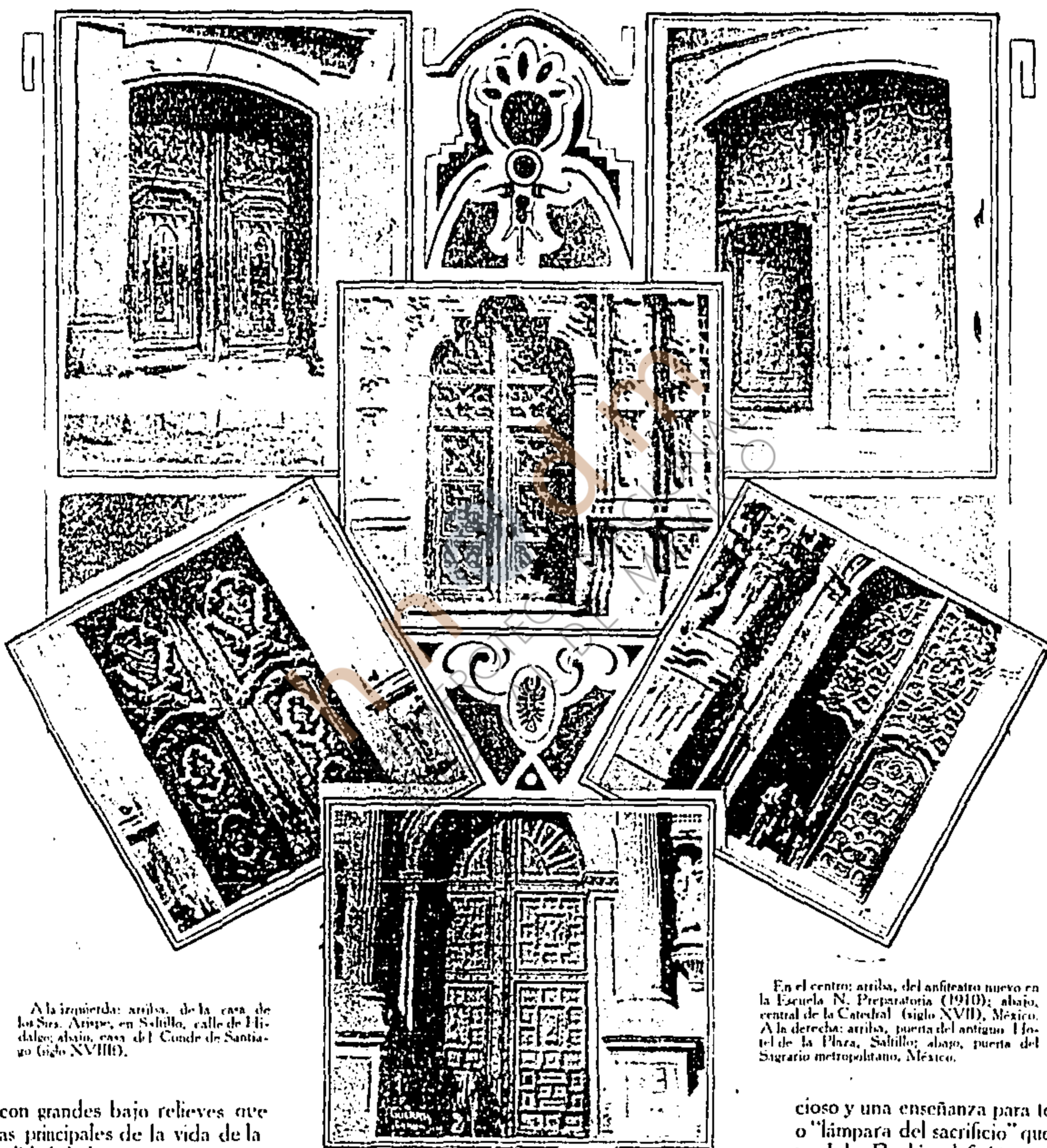
Nuestras viejas puertas ofrecen un tipo perfecto por su sólida construcción: toda ensamblada, que consiste en un conjunto de travesaños o peinazos que se cruzan en todas direcciones e impiden el movimiento que los cambios bruscos de temperatura ocasionan en las maderas hendiéndolas y destrozándolas por completo. Además sus batientes, hechos en forma de rodilla, impiden que la contracción ocasionada por la completa sequedad deje una

rendija en medio de las hojas; sus cerrojos, toscos a veces, aún funcionan bien después de muchos años de uso; la gran cruz de fierro que une las dos hojas principales, la cadena y la chapa, de fierro también, amplias y resistentes, sencillas y eternas como duración, ofrecen una seguridad que no proporcionan los cierres modernos, que fácilmente se inutilizan y, por último, su bella distribución de tableros, ricas tallas,—en las que la mano del obrero mexicano imprime el sello nacional por excelencia— esquineros, llamadores y clavos de bronce o de fierro, dan una belleza incomparable al conjunto; revelan que, a diferencia de nosotros los modernos constructores, nuestros antepasados trataban de hacer siempre lo mejor, lo más costoso, que al revelar el mayor trabajo, revelaba, al mismo tiempo, la mayor intelectualidad, pues en ella estaba patente un sabio empleo de esa inmensa labor.

Son legado precioso y una enseñanza para todos; revelan el espíritu o "lámpara del sacrificio" que el sabio crítico de arte, John Ruskin, definió como "lo que nos inclina a producir objetos preciosos, sólo porque son preciosos": tan esencial en arquitectura, pero que es esencial también en toda labor humana para que signifique progreso. Gracias a esos esfuerzos, por más que hayan pasado los que nos precedieron y no queden de ellos "ni sus poderes ni sus honores," nos queda una prueba de lo que fueron y puede ser nuestro legítimo orgullo.

México, Mayo de 1917.

*José María de la Cruz*  
Arquitecto



A la izquierda: arriba, de la casa de los Sra. Arce, en Saltillo, calle de Hidalgo; abajo, casa del Conde de Santiago (siglo XVIII).

En el centro: arriba, del anfiteatro nuevo en la Escuela N. Preparatoria (1910); abajo, central de la Catedral (siglo XVII), México. A la derecha: arriba, puerta del antiguo Hotel de la Plaza, Saltillo; abajo, puerta del Sagrario metropolitano, México.

ria, en la parte nueva, se puso una puerta exterior de bello dibujo siguiendo el modelo antiguo, aun cuando sin igualar la gran puerta principal, quizás la más perfecta y grandiosa en su género, en México, y en el nuevo Palacio Municipal se ha imitado la de la casa San Mateo Valparaíso. Esos esfuerzos, sin embargo, constituyen la excepción.

Todas nuestras puertas modernas son, en general, imitaciones malas de esas puertas francesas que el tratadista Cloquet critica con acierto, al decir que sólo tienen elementos de fácil destrucción, pues ofrecen multitud de lugares en donde se deposite el polvo y la lluvia haga sus estragos, y, en las de los edificios modernos de México, además de la